

La Puerta del Angel

Esta obra fue estrenada en el Teatro Espronceda, de Madrid, el día 17 de abril de 1986.

PERSONAJES

(Por orden de aparición en escena)

Aurea	MARIA DEL PUY
Norberta	CARMEN ROSSI
Martirio	LUISA ARMENTEROS ^{Alfo}
Julián	MIGUEL AYONES ^{Amorally}
Don Félix	MANUEL SALGUERO
El sargento	
Doña Casilda	PEPITA MARTIN
Doña Andrea	MERY LEIVA

EQUIPO TECNICO

- Construcción de decorado: MANUEL LOPEZ
- Vestuario: CORNEJO
- Diseño de luces: GRUPO 34
- Jefe de maquinaria: EMILIO MARTIN
- Técnico de luces: FRANCISCO FREJO
- Técnico de sonido: JOSE PEREZ
- Sastra: YOLANDA GOMEZ
- Secretaria de producción: MARIBEL RODRIGUEZ
- Regidor de escena: FELIPE ROMERA
- Grabación de sonido: BOSCO
- Publicidad: GISBERT
- Atrezzo: VAZQUEZ
- Escenografía y ambientación: WOLFGANG BURMAN
- Director técnico: CARLOS PEREIRA

Dirección:

CAYETANO LUCA DE TENA

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

© Ediciones MK, 1983
Velázquez, 26. Madrid

Cubierta y maqueta de la colección: *Francisco Nieva*

Depósito legal: M. 20.825-1986
I.S.B.N.: 84-7589-047-7
Gráficas Maluar, Sdad. Coop. Ltda. Arganda (Madrid)

mdvsvs JMB 1081538 C.I. 27-abr-1986.

Ve también esta gratitud, muy sentida, muy debida, a este grupo de excelentes que han puesto al servicio de mi obra sus mejores calidades y su absoluta y confiada entrega.

Para todos ellos, más que para mí mismo —ya de vuelta de casi todo—, deseo el éxito que es, como dijo Jouvot, la razón de nuestro oficio.

Y a Manuel Manzaneque, construtor y director de este Teatro Espronceda, debo el agradecimiento a su hospitalidad, cuya reciente resolución de dedicar su local exclusivamente a autores españoles, como yo, y jóvenes, como los de mañana, gesto que sabrá estimar toda nuestra profesión y celebrar el público de la capital de España.

¿Qué es «La Puerta del Angel»? Una obra resucitada con la que me propuse adelantarme a mí mismo, ni siquiera quedarme demasiado atrás. Un tono quizá distinto a mi teatro anterior, manejando un asunto, acusando unas situaciones, despertando un interés, manejando un diálogo que le creo apropiado para crear un clima no tocado por mí.

Ni más ni menos que eso que vive desde hace dos milenios y vivirá por los siglos de los siglos —incluidos aquellos llamados «de Oro»— y que recibe el maravilloso nombre de TEATRO.

LA ACCION

Toda la acción transcurre en la casa de Martirio, en las afueras de un pequeño pueblo de una provincia del antiguo reino de León.

El primer acto, a las diez de la noche de un martes de fines del mes de mayo.

El segundo acto, al caer la tarde, unos días después.

Cualquier tiempo. Puede ser en el nuestro, pero en lugar donde se ha detenido muchos años antes en los muebles, pesados e incómodos, en los raros adornos que traicionan el propósito de alegrar la estancia, en el aire, cerrado y duro.

No es una habitación entristecida sólo por los años o por algo que ha venido a pesar sobre el ambiente. Todo nació ya seco y austero: la casa, las líneas, los colores. Y el silencio.

Y el eco del silencio.

Hermética, a intento, contra el frío, contra el calor, contra la luz del sol, contra el viento afilado de la llanura. No contra la alegría exterior, porque en el exterior tampoco hay alegría.

El pueblo tiene el mismo color y el mismo sabor que la tierra. Las gentes tienen el color de la tierra, también, si la trabajan, o la palidez cética de los reclusos. Para vestir, apenas se concibe otro color que el negro. No hay recuerdo de una risa. Los niños no la aprenden.

Se admiten los crímenes, pero no los pecados.

Dios es sólo un constante, lejano, temor.

MARTIRIO.—Anda.

(NORBERTA sale por el fondo izquierdo. MARTIRIO continúa rezando, alzando la voz gradualmente.)

... dánosle hoy... Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. No nos dejes caer...

(NORBERTA entra por el fondo izquierdo con una bandeja grande en la que hay unas tazas de café y una cafetera del mismo juego de porcelana; unas copas pequeñas, una botella de coñac y otra de anís, que puede verse que están vacías, y unas servilletas bordadas.)

(Rezando.) ... en la tentación...

NORBERTA.—(Yendo hacia la mesa de la derecha y como si terminase la frase de MARTIRIO.) ... otra vez...

MARTIRIO.—(Volviéndose.) ¿Qué dices?

NORBERTA.—(Con fría insolencia, dejando la bandeja sobre la mesa.) Digo: otra vez... No nos dejes caer, otra vez... Nada más.

MARTIRIO.—(Mirándola con curiosidad.) ¿Qué te pasa?

NORBERTA.—(Volviéndose a MARTIRIO.) ¿A mí?

MARTIRIO.—Algo te pasa estos días.

NORBERTA.—No sé. Yo, hace tiempo que no cuento por días. Por años, me sale más cabal. Aunque haya que añadir un día a la cuenta...

(MARTIRIO baja la cabeza. NORBERTA la mira un instante y pregunta, después, en otro tono.)

Bueno, ¿qué le digo a ésa? (MARTIRIO la mira como si no comprendiera.) Sólo está desde el jueves y no conoce el manejo. Y tampoco lo iba a entender, por mucho que...

MARTIRIO.—Se puede ir a dormir.

NORBERTA.—Bueno. (Va a la puerta del fondo y llama hacia izquierda.) ¡Aurea! ¡Muchacha!
(Un instante después aparece por el fondo izquier-

da AUREA. Es una criatura de menos de veinte años, rubia, de ojos claros. Sirve de criada en la casa. Mira siempre un poco asustada.)

AUREA.—Mande.

NORBERTA.—Dice la señora que te puedes acostar.

AUREA.—¿Por qué?

NORBERTA.—Lo dice la señora y no se habla más. Vete acostumbrando.

AUREA.—Es que, todavía... me falta terminar...

NORBERTA.—Ya lo haré yo.

AUREA.—¿Va usted a tardar?

NORBERTA.—¿En qué?

AUREA.—En subir.

NORBERTA.—¿No tienes sueño, mujer?

AUREA.—No.

MARTIRIO.—Tiene miedo.

NORBERTA.—(A AUREA, después de mirar a MARTIRIO.)

¿Tienes miedo? (AUREA la mira sin responder.) ¡Contesta!

(MARTIRIO espera, interesada, la contestación.)

AUREA.—(A MARTIRIO.) Sí.

NORBERTA.—Se dice: «Sí, señora.»

AUREA.—(Repitiendo dócilmente.) Sí, señora.

MARTIRIO.—¿A qué tienes miedo?

AUREA.—A nada.

NORBERTA.—¿En qué quedamos?

AUREA.—(Sencillamente.) Miedo.

MARTIRIO.—(Con una sonrisa seca.) Miedo al miedo.

AUREA.—(Que encuentra buena la fórmula.) Eso.

MARTIRIO.—(A NORBERTA.) ¿Lo ves? (Confirmando la idea.) Miedo a tener miedo. Yo lo he sentido también.

NORBERTA.—(Con una leve mala intención.) ¿Después de...?

MARTIRIO.—(Cortándola secamente.) Antes. (Después de

NORBERTA.—Mucha fantasía.

MARTIRIO.—¿Tú crees que le hayan podido contar...?

NORBERTA.—¿Quién?

MARTIRIO.—¿Qué sé yo? En su casa...

NORBERTA.—*(Desechando la duda.)* ¿En el monte? No.

Yo hablé con su padre cuando la fui a buscar.

MARTIRIO.—En invierno, en las casas de labor, se cuentan, al fuego, muchas cosas por las noches. Cosas de muerte. A la chica le han metido un temblor en el cuerpo.

NORBERTA.—De aparecidos y de almas en pena, no digo que no. Pero de esta casa, ni una palabra. Ni de ahora ni de antes.

(Un silencio. NORBERTA sonríe.)

Dice que dispense usted, pero que no le va a rezar a las ánimas.

MARTIRIO.—¿Por qué no?

NORBERTA.—*(Casi riendo.)* Por si se le aparecen. ¡Fíjese! ¡Como si las ánimas...!

MARTIRIO.—*(Estremecida.)* Deja tú a las ánimas ahora.

NORBERTA.—¡Por mí...! ¡Más dejadas que están! Y, digan lo que digan, ¿quién las ha visto, de verdad, por aquí abajo? *(Con marcada intención.)* Si volvieran, ¿no iba a andar alguna rondando esta casa desde hace quince años?

MARTIRIO.—*(Nerviosa, disgustada.)* ¿Te quieres callar?

NORBERTA.—*(Tranquila, con un fondo de insolencia.)*

Bueno. También de eso tengo ya costumbre. Casi no he hecho otra cosa en tanto tiempo.

MARTIRIO.—*(Con reproche.)* A buen precio.

NORBERTA.—*(Despreciativa.)* Ni siquiera.

MARTIRIO.—¿No?

NORBERTA.—Dicen que el silencio tiene peso de oro. La señora sabe bien que no. Y si ha sido alguna vez generosa conmigo, no tiene por qué arrepentirse...

MARTIRIO.—*(Rencorosa.)* Cuando me amenazabas.

NORBERTA.—*(Alzando los hombros.)* ¡Si no había otro remedio!...

MARTIRIO.—Nunca he sabido para qué.

NORBERTA.—*(Evasiva.)* Para mis cosas.

MARTIRIO.—No te has comprado ni un alfiler con todo ese dinero.

NORBERTA.—*(En el mismo tono.)* No lo quería para alfileres.

MARTIRIO.—*(Después de un corto silencio.)* Ha sido bastante.

NORBERTA.—Según se mire. El mucho o el poco dependen de lo que se quiera comprar.

MARTIRIO.—¿Qué has hecho con ese dinero? ¿Guardarlo para el día de mañana?

NORBERTA.—Guardarlo, y gastarlo, para el día de mañana.

MARTIRIO.—*(Con su suspiro habitual.)* No te entiendo.

NORBERTA.—Mejor que no entienda.

(Un silencio. MARTIRIO se da cuenta de que NORBERTA se encierra cada vez más en sus palabras y decide cambiar la situación.)

MARTIRIO.—Ve a abrir. Han llamado.

NORBERTA.—¿Ya?

MARTIRIO.—Sí.

NORBERTA.—Aguarde un poco.

MARTIRIO.—¿A qué?

NORBERTA.—Estábamos hablando de dinero...

(MARTIRIO no tiene más remedio que mirar a NORBERTA. En sus ojos advierte una determinación contra la que no puede luchar.)

MARTIRIO.—*(En voz baja, sometida.)* ¿Cuánto?

NORBERTA.—*(En un falso tono conciliador.)* Eso, lo que vea la señora.

MARTIRIO.—No empecemos. ¡Siempre los mismos rodeos!... *(NORBERTA calla. Con cansancio.)* ¿Cuánto?

NORBERTA.—(Tomando el dinero.) Gracias.

MARTIRIO.—(Con un gesto de incredulidad.) ¿Gracias?

NORBERTA.—(Guardándose los billetes debajo del delantal.) ¿No? Es por su voluntad. Yo no la obligo. Gracias.

MARTIRIO.—(Sin querer discutir, casi con el gesto.) Está bien.

(Se miran las dos, en silencio, un instante.)

NORBERTA.—¿Abro? (Martirio la mira. Ella acierta.) Han llamado a la puerta.

MARTIRIO.—(Accediendo distraídamente.) Bueno.

NORBERTA.—¿Quién va a ser el primero?

MARTIRIO.—(Casi desentendida.) El que quieras. Da igual.

(Sale NORBERTA por el fondo derecha. Se oye abrir y cerrar una puerta. MARTIRIO ha ido a sentarse en su sillón.)

NORBERTA.—(Dentro.) Buenas noches, don Félix.

(Aparece NORBERTA, en la puerta del fondo, sola.)

Aquí está don Félix, señora.

MARTIRIO.—¡Ah! ¿El alcalde?

NORBERTA.—(Con una ironía seca.) Entonces no era alcalde.

MARTIRIO.—(Irritada.) Pero ahora sí lo es. Que pase. Estamos en ahora, ¿entiendes?

NORBERTA.—(Sin responder a MARTIRIO, volviéndose a su derecha.) Pase usted. Ahí tienes a la señora.

(No entra nadie. NORBERTA hace como si dejara el paso a alguien. MARTIRIO vuelve la cabeza hacia la puerta y saluda amablemente.)

MARTIRIO.—(Como respondiendo.) Buenas las tenga usted. (A NORBERTA.) Acércale una silla al señor alcalde.

(NORBERTA, de una manera mecánica, acostumbrada a aquella situación, toma una de las sillas que hay

arrimadas a la pared y la coloca cerca de MARTIRIO.)

MARTIRIO.—(Después de una pausa, en la que ha seguido el movimiento de NORBERTA y dirigiéndose a un personaje imaginario.) ¿Y la señora? (Un silencio. MARTIRIO asiente.) ¡Ah, claro...!

NORBERTA.—(Que se ha ido a la mesa de la derecha, vuelve la cabeza.) ¿Qué dice?

MARTIRIO.—Que no ha venido por no dejar sola a la niña, que no está bien.

NORBERTA.—(Impertinente.) ¿Qué niña? ¿Se le murió poco después...?

MARTIRIO.—(Recordando apurada y justificándose.) ¡Es verdad!... ¡La costumbre de preguntar por ella! (Al personaje imaginario.) ¿Su café, don Félix?... (A NORBERTA.) Sírvale una taza...

(NORBERTA simula que sirve café en una taza. Llega con la taza en un plato, la cucharilla y una servilleta en una mano y el azucarero en la otra. Llega hasta la silla vacía. Adelanta la taza y ofrece después el azucarero. MARTIRIO habla mientras tanto.)

MARTIRIO.—(A NORBERTA.) Dice que su señora no ha venido porque hay que ver la noche que hace...

NORBERTA.—(A la silla vacía.) ¿Azúcar? (Espera un momento, el preciso de tomar dos terrones.) De nada.

(MARTIRIO contempla complacida la escena. NORBERTA vuelve a la mesa de la derecha, donde deja todo lo que llevaba en las manos. MARTIRIO suspira y entra otra vez en situación, mirando la silla vacía.)

MARTIRIO.—(Con su suspiro.) ¡Cuándo se va a acabar el invierno...!

NORBERTA.—(Volviéndose.) ¿Para qué quiere usted que se acabe, si va a dar igual?

MARTIRIO.—(Sin hacer caso a NORBERTA, sigue su reanudada conversación.) Tiene usted razón. En cuanto

lo que os agradezco a todos que vengáis, los martes, a hacerme este rato de compañía. Este calor, este cariño con que me rodeáis... Mejor dicho, esta compasión. *(Insistiendo como si la fueran a contradecir.)* Sí, sí. Esta compasión por mi desgracia... *(Sonríe agradecida.)* ¡Don Félix... *(A NORBERTA.)* Dice que es por mi soledad, que de la desgracia nadie quiere acordarse. *(A sus inexistentes interlocutores, afirmando.)* Yo, sí. Yo estoy aquí para recordar... *(Como contrariada, en tono de reproche.)* No empieces, Andrea.

NORBERTA.—*(Hastiada, con cierta sorna.)* ¿Ya empieza?

MARTIRIO.—*(Protestando a su amiga.)* Sí, no sería la primera viuda que se volviera a casar. Lo sé. Y no me han faltado pretendientes... Incluso todavía... Pero yo no podría querer a otro hombre... No, no me enfado, pero sabes muy bien que no me gusta...

NORBERTA.—*(A la que cansa aquel discurso ya conocido, interrumpe fríamente.)* ¿Vuelven a llamar?

MARTIRIO.—*(Reaccionando suavemente, como si se sintiera aliviada por la interrupción.)* Sí. Que sea don Matías, el párroco.

NORBERTA.—Está de canónigo en Zamora...

MARTIRIO.—*(Autoritaria.)* Abrele.

NORBERTA.—¿Para qué? ¿Para que repita lo de que ha seguido usted un camino de espinas muy grato a los ojos del Señor? ¿Y que es usted el orgullo de su parroquia..., que todo el mundo respeta su dolor y está a su lado?...

(MARTIRIO la mira con un terrible encono. Va a decir algo, pero su indignación le impide encontrar las palabras. Y en esto suena la campanilla de la

puerta de la casa. MARTIRIO y NORBERTA se miran, perplejas.)

NORBERTA.—*(Sorprendidísima.)* Ahora han llamado de verdad.

MARTIRIO.—*(Angustiada.)* Sí.

(Las dos se han quedado inmóviles. Suena de nuevo la campanilla, con insistencia.)

NORBERTA.—*(Un poco repuesta de la sorpresa.)* ¡Y con prisas!

MARTIRIO.—*(Temerosa.)* ¿A qué esperas?

(NORBERTA, sin decir nada, sale por el fondo derecha.

MARTIRIO, alarmada, queda mirando la puerta del fondo.)

MARTIRIO.—*(Mientras NORBERTA sale.)* ¡Pregunta antes de abrir!

(Se oye abrir la puerta y una especie de cuchicheo dentro.)

(Asustada.) ¿Quién es?

(Se escuchan, dentro, nuevas palabras en voz baja.)

(Gritando aterrada.) ¿Quién es?

(Mira hacia la puerta del fondo, con más miedo cada

instante que pasa. Aparece en la puerta del fondo

JULIAN. Es un hombre de cerca de los cuarenta años.

Ha debido ser un mozo fuerte, que ahora muestra

como un cansancio de cuerpo y de espíritu. Y la

amargura de quien ha sufrido una prolongada y dura

experiencia. Pone mucha cautela en sus palabras,

como si se hubiese acostumbrado a madurarlas antes

de decirlas. Viste unas ropas de hombre de pue-

blo, que no le caen ya muy a la medida, al parecer

de algunos años antes. Calza unas botas. Se detiene

en la puerta. Su entrada produce en MARTIRIO el

máximo estupor.)

MARTIRIO.— ¡Tú!

(NORBERTA ha seguido silenciosamente a JULIAN y

izquierda y sale por ella. MARTIRIO le ha seguido... la mirada fijamente, como si, al verle moverse, lo advirtiera por primera vez.)

(A JULIAN, que está ya fuera de la escena, con urgencia, sin grito.) ¡La puerta!

(Se cierra, sin golpe, la puerta de la izquierda. MARTIRIO respira hondo, recuperada a medias la calma. Se compone un poco. Saca su rosario y espera, en su sillón, con actitud reposada y digna. Simultáneamente se ha oído, dentro, el abrir la puerta y una voz de hombre. Un instante después entra NORBERTA, por el fondo. Queda en la puerta.)

NORBERTA.—Señora... Es el alcalde... Don Félix...

(MARTIRIO la mira, como si no comprendiera bien.) (Confirmando.) Sí, señora. Don Félix. De verdad.

MARTIRIO.—(Dominando la sorpresa, decidida.) Hazle pasar.

(NORBERTA sale por el fondo derecha. MARTIRIO comienza a santiguarse lentamente. Se escuchan pasos, dentro. MARTIRIO espera y vuelve a comenzar su santiguada, para que el recién llegado la sorprenda en ese piadoso acto. Vuelve NORBERTA, dando paso a DON FELIX. DON FELIX es un hombre de más de cincuenta años. Viste de oscuro y con arreglo al lugar en que vive.)

DON FELIX.—(En la puerta.) Buenas noches, doña Martirio.

MARTIRIO.—(Terminando de santiguarse.) Pase usted, don Félix.

(DON FELIX llega junto a MARTIRIO. Le da la mano.)

DON FELIX.—Temía que estuviese usted ya acostada. Por eso me permití insistir...

MARTIRIO.—(En su nueva respetable actitud.) No. Estábamos rezando el Rosario... (Se vuelve a NORBERTA.) Acerca una silla.

(NORBERTA toma de su sitio una de las sillas que utilizó antes, y la acerca a DON FELIX. DON FELIX, al seguir con la mirada, repara en el juego de café y en las botellas que hay sobre la mesa de la derecha.)

DON FELIX.—(A MARTIRIO.) ¿Espera usted a alguien?

(MARTIRIO se sorprende por la pregunta.)

MARTIRIO.—¿Yo? ¿A quién voy a esperar?

(DON FELIX indica con la mirada la mesa de la derecha. MARTIRIO, disimulando como puede su turbación, no sabe qué decir. NORBERTA acude a tiempo.)

NORBERTA.—Lo había sacado yo, para pásárselo un paño mientras rezábamos.

DON FELIX.—(A NORBERTA, que le ha traído la silla.) Gracias. (Se sienta.)

MARTIRIO.—(En tono de queja, dolida.) No esperaba a nadie. A esta casa ya hace años que dejaron de venir los que tenían costumbre... Ustedes. Usted mismo.

DON FELIX.—(Disculpándose mal.) Unas cosas y otras... Cada vez son más las obligaciones...

MARTIRIO.—(Remachando su rencor.) Usted y su señora...

DON FELIX.—Ya sabe usted que ella, desde que se nos murió la niña... Fue por aquel entonces.

MARTIRIO.—(Con el encono de lo que tiene guardado hace mucho tiempo.) Sí. Y alguien que hizo correr una maldad con relación a la muerte de mi marido...

DON FELIX.—(Protestando.) ¡Nadie dio oídos a aquello!

MARTIRIO.—(Ofendida.) Ni dejó de darlos. (Con una ironía amarga.) A medias. Nadie pudo demostrar nada... Pero por esta casa dejó de aparecer la gente, pasado el novenario... Poco a poco. Sin ruido. Con pretextos...

DON FELIX.—¡Se empeñó usted en seguir viviendo aquí, tan apartado!

MARTIRIO.—(Revolviéndose, airada.) ¡Lo mismo de

(*Extrañado.*) ¿No la sorprende?

MARTIRIO.—(*Con indiferencia.*) ¿A mí? ¿Por qué ha de sorprenderme? Habrá cumplido su condena. Yo he perdido la cuenta de los años que le echaron. Y hace tiempo que le perdoné, para que así Dios me perdone. ¿Qué tengo que ver en que le hayan visto o no le hayan visto?

DON FELIX.—Estaba en una taberna..., bebido y tirando dinero.

MARTIRIO.—¿Qué dinero?

DON FELIX.—¡Vaya usted a saber! El suyo o el de quien fuera.

MARTIRIO.—A lo mejor están ustedes pensando que el mío.

DON FELIX.—¡Por Dios, señora! Deje ahora eso.

MARTIRIO.—Dejado está. Si está libre, puede ir donde quiera. A Toro o a donde sea. Y si le han visto en una taberna...

DON FELIX.—Y en sitios peores.

MARTIRIO.—(*Con un dejo de ironía.*) ¡También! ¡Vaya por Dios!

DON FELIX.—(*Nervioso.*) Pero ¿es que no se da usted cuenta? Ese hombre está cerca de aquí. En lugar de haberse ido donde nadie le conociese, que es lo que haría cualquiera, se ha dejado ver.

MARTIRIO.—Sí. En esas casas en que acaban las gentes de por aquí, cuando han ido a vender la cosecha.

DON FELIX.—(*Insistiendo en su idea.*) ¿Qué busca ese hombre?

MARTIRIO.—(*Dignamente.*) ¿Lo sé yo?

DON FELIX.—(*Conciliador.*) Yo no digo que usted lo sepa. Digo que no se sabe. Y que en ello puede haber un peligro para usted. (*MARTIRIO le mira como si no comprendiera. El aclara persuasivo.*) Si necesita dinero...

MARTIRIO.—¿No le han visto tirándolo?

DON FELIX.—Si necesita más, para seguir gastándolo así, tendrá que buscarlo...

MARTIRIO.—(*Indiferente.*) ¡Allá él!

DON FELIX.—(*Insistiendo un poco irritado por la actitud pasiva de MARTIRIO.*) Y si sabe que vive usted aquí sola, aislada..., ¿dónde mejor para dar un golpe? No tendría más que amenazar.

MARTIRIO.—(*Defendiéndose de lo que supone una insinuación.*) ¿Con qué puede amenazarme?

DON FELIX.—(*Perdiendo la paciencia.*) ¡Con lo que sea, señora! Con un cuchillo, sin ir más lejos... De que no se iba a ir de aquí de vacío, no le quepa a usted duda. Le daría usted lo que le exigiese solo con mirarle a los ojos... Hay hombres a los que le brilla en los ojos la muerte... Al que ha vertido sangre una vez, no le vuelve a asustar la sangre. Y ése ya la ha derramado en el suelo de esta casa...

MARTIRIO.—(*Cubriéndose la cara con las manos, estremecida.*) ¡Calle usted!

DON FELIX.—(*Comprendiendo que ha logrado su efecto de impresionar a MARTIRIO.*) Por eso he querido avisarle... No sabemos, pero siempre es bueno prevenir. De momento, atranquen las ventanas y no abran la puerta a nadie hasta estar muy seguras...

MARTIRIO.—Sí, sí...

DON FELIX.—¿Tiene usted armas?

MARTIRIO.—(*Asustada, negando.*) ¿Yo?

DON FELIX.—Hace usted mal. Tres mujeres solas, en una finca tan apartada, de noche, es expuesto.

MARTIRIO.—(*Considerando, confusa.*) Las armas hace falta saber manejarlas...

DON FELIX.—Se aprende.

MARTIRIO.—(*Asustada por la idea.*) Y disparar contra alguien...

DON FELIX.—Por nada, señora. Es mi deber. Buenas noches.

MARTIRIO.—Buenas noches.

(DON FELIX se dirige a la puerta del fondo y sale, acompañado de NORBERTA. MARTIRIO se apresura a tomar la pistola y se la guarda. Un instante después aparece JULIAN en la puerta de la izquierda. MARTIRIO le mira sobresaltado y mira, con temor, hacia el fondo. JULIAN queda en la puerta, prudentemente, un poco apoyado en el quicio y mirando también hacia el fondo. Se oye cerrarse, dentro, la puerta de la casa. JULIAN, tras de haber esperado, atento, se tranquiliza al oír el ruido de la puerta y del cerrojo después. MARTIRIO cierra los ojos, como aliviada. Después, mira a JULIAN, intentando parecer impasible. JULIAN sonríe con fiado y avanza hacia MARTIRIO. Casi dominador, acerca su mano a la cara de MARTIRIO, iniciando una caricia. MARTIRIO rehúye con un rápido movimiento de cabeza y un gesto, a la vez de rubor pudoroso y de advertencia por la posible entrada de NORBERTA. JULIAN retira su mano, sin perder la sonrisa de dominio, cada vez más dueño de sí. Entra NORBERTA, por el fondo. Mira a JULIAN y a MARTIRIO. MARTIRIO elude la mirada procurándose una actitud decorosa. Hay un corto silencio.)

JULIAN.—(Con un tono de burla.) Bueno... Habrá que cerrar bien, no sea que vaya a entrar ese hombre... (MARTIRIO apenas sonríe. NORBERTA, sin recoger la broma de JULIAN, va a las ventanas de la derecha que empieza a cerrar.)

NORBERTA.—(Firme.) Es lo que hay que hacer, antes que nada.

(JULIAN se dirige al centro de la escena.)

JULIAN.—(En el mismo tono.) Para que se note que he miedo...

NORBERTA.—(Volviéndose vivamente, mientras cierra una de las ventanas, con un seco reproche.) Para eso y para que no se vea tu sombra desde fuera cuando te pongas delante de una luz.

(JULIAN se da cuenta de que se ha interpuesto entre la mesa de MARTIRIO y las ventanas. Casi de un salto, se aparta a un lado, quedando junto a la mesa de la derecha. En silencio, NORBERTA termina de cerrar las ventanas. JULIAN advierte las botellas que hay sobre la mesa. Toma la de cognac para servirse, cuando nota, por el peso, que está vacía. La mueve para cerciorarse.)

JULIAN.—(Mostrando la botella.) Esto está vacío.

NORBERTA.—(Sin dar más explicaciones.) Sí.

MARTIRIO.—(A NORBERTA, complaciente.) Ve a buscar...

NORBERTA.—(Obedeciendo indiferente.) Bueno.

(Sale NORBERTA, inexpresiva, impenetrable. JULIAN la ve ir, sonriendo, mientras deja la botella vacía sobre la mesa. Va hacia MARTIRIO. MARTIRIO no le mira ni alza los ojos hasta que él se ha detenido a su lado. JULIAN inicia una nueva caricia, que MARTIRIO esquiva.)

MARTIRIO.—(En voz baja, con una tristeza blanda.) ¿A qué has venido?

JULIAN.—(Tomando por fin la cara de MARTIRIO.) A lo mejor a esto.

(MARTIRIO retira la cara bruscamente.)

MARTIRIO.—(Dominándose, seria.) ¿Por qué has vuelto?

JULIAN.—¿Dónde iba a ir?

MARTIRIO.—Menos a esta casa, a cualquier parte.

JULIAN.—¿A empezar la vida de nuevo? Tengo ya los huesos duros para eso. Aquí, ya sé que tampoco.

La gente me conoce y sabe la historia.

MARTIRIO.—¿La historia?

JULIAN.—Lo que se dijo. Y no es buena recomendación,

MARTIRIO.—¿Te parece poco? Claro, tú no sabes de eso.

JULIAN.—No. O lo sé desde abajo, que es otra cosa.

MARTIRIO.—(Con pasión.) Yo necesitaba respirar un respeto, aunque fuera un respeto regateado, puesto en duda. Cuando vieran lo que pagaba por él, tendrían que rendirse. No me casé por eso.

JULIAN.—(Decidiéndose a descubrir una parte de su juego, con un punto de insolencia.) Diga usted, mejor, que no se atrevió. (MARTIRIO le mira sorprendida.) Para eso, no sólo tendría usted que haber acabado conmigo. También con la Norberta. Habiendo un marido en esta casa, el secreto se ponía más caro. Y ya no era un secreto para dentro de casa... (Niega con la cabeza.) No, tenía usted que quedarse sola, a la fuerza... Y aquí.

MARTIRIO.—(Defendiéndose.) ¿Para qué?

JULIAN.—(Seguro de sí, con una sonrisa.) Para esperarme. ¿Le parece poco? (En un tono más suave y más insinuante.) Para esperar a que yo volviese a cobrarle en dinero o en lo que sea...

(MARTIRIO, comprendiendo la intención de sus palabras y, en el fondo, halagada por ellas, abandona un poco su actitud defensiva. Le mira, vagamente esperanzada, responde con otra sonrisa. JULIAN la mira fijamente. En este silencio de inteligencia, entra NORBERTA por el fondo izquierda. Trae una botella en la mano. Se detiene en la puerta y los mira, sin dejar traslucir ningún efecto. MARTIRIO y JULIAN advierten la presencia de NORBERTA. MARTIRIO baja los ojos. JULIAN vuelve la cabeza hacia NORBERTA, sin moverse de donde está.)

JULIAN.—(Un poco impertinente.) ¿Dónde has ido a buscar la botella?

NORBERTA.—(Fríamente.) Donde estaba. Y luego había que abrirla.

(Sin decir más, indiferente a todo, en apariencia, va a la mesa de la izquierda y deja la botella.)

(A JULIAN, señalando la botella.) ¡Ahí tienes!

JULIAN.—(Tranquilamente dominador.) ¡Echa!

(NORBERTA le mira y, en silencio, abre la botella y sirve en una copa. Mientras tanto, JULIAN se vuelve hacia MARTIRIO.)

JULIAN.—Antes, venga el chisme.

(MARTIRIO le mira sin comprender.)

MARTIRIO.—¿El chisme?

JULIAN.—Eso que le ha dado el alcalde para que no deje usted entrar. Ya no hace falta. Como lo de cerrar las ventanas. Eso se queda para los demás. (Apremiante.) ¡Venga, démelo!

(Con un suspiro, MARTIRIO extrae la pistola de donde la había guardado. NORBERTA observa, desde la mesa derecha.)

JULIAN.—(Mientras MARTIRIO, resignada, busca y le entrega la pistola.) No debe usted andar con estos juguetes... No sabe manejarlos. Lo suyo es mejor. Hace menos ruido y no se entera nadie... O casi nadie.

(NORBERTA sonríe cuando JULIAN se vuelve a mirarla, buscando su asentimiento. MARTIRIO baja los ojos como si sufriera con resignación un tormento. JULIAN se guarda la pistola en un bolsillo.)

JULIAN.—Así estamos todos más seguros.

(Se dirige a la mesa de la derecha.)

(A NORBERTA.) ¡A ver esa copa!

(NORBERTA le acerca la copa. JULIAN la toma, va a beber pero se detiene mirando a NORBERTA, al ver que no hay otra copa servida.)

JULIAN.—¿Y tú?

NORBERTA.—Yo no gasto.

JULIAN.—(Indicándole que se sirva una copa.) Anda...

Allí no extrañará que compres veinte o treinta cajetillas.

NORBERTA.—En Zamora nos conocen también.

JULIAN.—(Escéptico.) ¿En el estanco? Me choca. Como no hayas ido a comprar postales... (Mirá la botella y, volviendo al otro tema, pregunta a NORBERTA.) ¿Es que no hay ni tinto, siquiera?

NORBERTA.—Vino, sí. Dos tinajas, hasta arriba. Te puedes hasta tirar de cabeza si quieres.

JULIAN.—No me va a dar tan fuerte. (Apremiando a NORBERTA.) ¿A qué aguardas?

(NORBERTA sale por el fondo izquierda, sin responder después de mirarle de un modo inexpresivo e indiferente. JULIAN se acerca a MARTIRIO.)

Me parece que voy a parar poco aquí. (MARTIRIO le mira, angustiada.) Creía que se me iba a recibir mejor, después de tanto tiempo.

MARTIRIO.—¡No digas eso! Norberta es que es así...

JULIAN.—Y usted, ¿es también «así»?

(MARTIRIO le mira, sin decir nada. JULIAN insiste en la pregunta, en un tono bajo y cálido, casi amoroso.)

JULIAN.—¿Eh? (Toma la barbilla de MARTIRIO.) ¿Desde cuándo? ¿Desde cuándo? (MARTIRIO retira la cara.) ¿Lo ve? Tendré que largarme.

MARTIRIO.—(Con una triste súplica.) ¡No!

(JULIAN, satisfecho por el grito que se le ha escapado a MARTIRIO, continúa su juego.)

JULIAN.—¿En qué quedamos?

MARTIRIO.—(Luchando consigo misma.) Sí. Es verdad. Debes marcharte.

JULIAN.—(Repitiendo en broma la pregunta.) En qué quedamos?

MARTIRIO.—(Comenzando a emplear un ahogado tono vehemente.) Será mejor para todos.

JULIAN.—¿Y cuándo?

MARTIRIO.—(Con prisa por decirlo todo antes de que venga NORBERTA.) Cuanto antes. Esta misma noche.

JULIAN.—¿Esta noche? ¿Sin siquiera...?

MARTIRIO.—No pueden verte salir de aquí. Es peor que si te vieran entrar. Entrar, puedes tratar de hacerlo contra mí. Para salir, al paso, tienes que haber estado aquí con mi consentimiento... ¿Comprendes?

JULIAN.—Sí, pero... ¿dónde voy?

MARTIRIO.—(Dando con una solución.) Cerca. En la provincia. O en Salamanca, que es más grande, donde yo pueda verte sin que nadie lo sepa. Ni Norberta siquiera. No he salido de entre estos muros en años. Ahora, con algún pretexto... Con el de vender o comprar... tierras o lo que sea. O con el achaque de que me vean los médicos... y de que tenga que volver cada cuantos días. La gente se convencerá... Y me compadecerá entonces.

JULIAN.—(Extrañado por esa esperanza.) ¿Qué más le da a usted que la compadezcan?

MARTIRIO.—(Paladeando la idea.) ¡No lo sabes tú bien! ¡Quince años esperando la compasión, suplicándola casi... La que no me habían dado al enterrarme en vida, porque no querían creer en mí... (Con una expresión de triunfo. Dando golpes sobre la mesa con el puño cerrado.) Ahora, si saben que estoy enferma, no tendrán más remedio que compadecerse.

JULIAN.—Y eso ¿qué?

MARTIRIO.—Que la compasión tirará para arriba de todo lo demás... Del respeto, de la consideración... Y del remordimiento también.

JULIAN.—¿De qué remordimiento?

MARTIRIO.—Del de haber pensado mal.

JULIAN.—(Que no comprende.) ¿Mal?

MARTIRIO.—(Obstinada.) De haber pensado. Ellos no sabían y, sin embargo, se iban derechos a lo más

¡Eh! ¿Dónde vas?

(NORBERTA se detiene y le mira.)

NORBERTA.—¿Qué quieres?

JULIAN.—(Como si fuese inútil la pregunta.) ¡Qué voy a querer!

NORBERTA.—(Con desprecio y asco.) ¿No has estado anoche con mujeres de ésas?

JULIAN.—¿De cuáles? (NORBERTA no contesta. El aclara.) Con una nada más.

(NORBERTA se desase de él y va a la mesa de la derecha.)

JULIAN.—(Sin darle mucha importancia.) Ten en cuenta que eran quince años...

(NORBERTA deja la jarra sobre la mesa y se vuelve.)

NORBERTA.—(Con un rencor sordo.) Y yo, ¿qué? Los mismos quince años.

JULIAN.—Las mujeres es otra cosa. (Se acerca a NORBERTA. Con intención.) Tenía que poner el reloj a punto, por si querías saber la hora.

(NORBERTA le mira fijamente.)

NORBERTA.—Has aprendido mucho.

JULIAN.—Sí. Lo primero, a leer y a escribir. Y luego, los libros.

NORBERTA.—¿Qué libros?

JULIAN.—Los que había. Sobraba tiempo.

(Va a tomar una mano de NORBERTA. Esta la retira secamente y queda mirándole.)

NORBERTA.—¿Te vas a ir a esperarla a Salamanca?

JULIAN.—(Sonriendo sin sorpresa.) ¿Has estado pendiente?

NORBERTA.—(Sin contestar a su pregunta.) Di. ¿Te vas a ir?

JULIAN.—Eso, a tu voluntad.

NORBERTA.—(Con su misma pregunta, como si no le hubiese oído.) ¿A encenderle la sangre?

JULIAN.—(Dejándolo en el aire.) Puede.

NORBERTA.—(Insistiendo con desprecio.) ¿Cuándo a ella se le antoje?

JULIAN.—(Un poco cínico, encogiéndose de hombros.) De algo hay que vivir.

NORBERTA.—Para eso no tienes que echarlo por tierra. Dará lo que sea, sin más.

JULIAN.—(Dudándolo mucho.) Eso ya lo hemos visto.

NORBERTA.—Porque estabas donde estabas. Pero no puedes decir que te haya faltado...

JULIAN.—¡Si no llega a ser por ti!...

NORBERTA.—Y ¿de dónde crees tú que ha salido? (JULIAN la mira.) Sí. De ella. Pero dando el rodeo por estas manos. Yo podía hablar, ¿comprendes?

JULIAN.—Y yo también.

NORBERTA.—Menos. Habías hablado ya.

JULIAN.—Pero de las palabras se vuelve.

NORBERTA.—(Poco convencida.) Sí.

JULIAN.—Y se vuelven a ver las causas.

NORBERTA.—(Recordándole.) Habías jurado.

JULIAN.—¡Con volver a jurar lo contrario!

NORBERTA.—Y esta vez, ¿quién iba a creerte?

JULIAN.—Ya veríamos.

NORBERTA.—Ella negaría. Y entonces, ¿a qué carta quedarse? A menos que hablase alguien más. (JULIAN la mira, queriendo adivinar su intención.) Alguien que sólo dijo «amén» a todo. (JULIAN comprende.) Por eso, a mí no podía negarme nada. Tú ya hace tiempo que estás como muerto para su miedo.

JULIAN.—(Presumiendo.) Pero ahora me vuelve a temer.

NORBERTA.—Te ha vuelto a desear, que no es lo mismo. Y eso porque te ha vuelto a ver y se le ha removido lo que tenía guardado con llave. ¡Si no llegas a venir...! Ya podías haber escrito cartas... y pedir. Hasta amenazar. ¡El caso que te hubiera

(MARTIRIO, sofocada, sin encontrar palabras para su indignación, mira a JULIAN.)

MARTIRIO.—¡No es verdad!

NORBERTA.—(Encogiéndose de hombros.) ¡Bueno!

MARTIRIO.—(Casi histérica, a NORBERTA.) ¡Dí que no!

NORBERTA.—(Tranquila.) ¿Por qué he de ser yo quien tenga que decirlo.

(MARTIRIO mira a JULIAN, que no ha sabido decir nada. Exige imperiosamente una respuesta que teme escuchar.)

MARTIRIO.—¿Tú?

(Pero el sonido de la campanilla, dentro, no la deja terminar. Los tres quedan suspensos al escuchar la campanilla. Todo lo demás se ha borrado, de golpe. Ha vuelto a unirles el temor. MARTIRIO mira a NORBERTA, como pidiendo protección.)

MARTIRIO.—¿Qué hacemos?

NORBERTA.—(Naturalmente.) ¿Qué quiere usted que hagamos?

MARTIRIO.—(Convencida.) Sí, claro... Abre.

(NORBERTA duda un momento. Vuelve a sonar la campanilla.)

¿No vas?

NORBERTA.—(Indicando a JULIAN.) ¿Y el mozo...?

(MARTIRIO asiente, comprendiendo. Se vuelve a JULIAN.)

MARTIRIO.—Ven conmigo.

(JULIAN mira a NORBERTA, indeciso.)

NORBERTA.—(Imponiéndose a JULIAN.) Anda. (Con intención.) No tengas miedo, hombre.

JULIAN.—No es eso.

NORBERTA.—Tampoco te va a denunciar. No hay cuidado. Eres su vergüenza. (A MARTIRIO.) ¿Verdad?

(Suena por tercera vez la campanilla. MARTIRIO apremia con el gesto a NORBERTA.)

de, hace más propio.

NORBERTA.—(Tranquila.) Deje usted. Cuanto más se tarde, (Va hacia la puerta del fondo. Se ha descompuesto el pelo y empieza a desabrocharse la blusa.)

(En la puerta, a MARTIRIO.) Usted ya está acostada. (A JULIAN.) Entra ahí con ella. Y en cuanto se marche el que sea, nos estamos yendo.

(MARTIRIO y JULIAN, sin replicar, van a la puerta de la izquierda. NORBERTA toma la jarra de vino y el vaso. Avisa a JULIAN cuando éste pasa junto a la mesa de la izquierda.)

NORBERTA.—¡Tú!

(JULIAN se vuelve. NORBERTA le indica la lámpara que hay sobre la mesa.)

¡Esa luz!

(JULIAN se detiene y apaga la lámpara. MARTIRIO no se detiene hasta llegar a la puerta de la izquierda, donde aguarda a JULIAN. JULIAN, después de apagar la luz va a unirse a MARTIRIO. Salen. Cuando NORBERTA los ha visto salir, apaga la luz de la lámpara del techo, en la llave que hay junto a la puerta, y se dirige al fondo derecha desabrochándose los botones de los puños de la blusa. La escena queda a oscuras, sin más claridad que la que llega del pasillo del fondo. Vuelve a sonar la campanilla.)

(Ya dentro, alejándose.) ¡Va! ¡Ya va!

(Se oye abrir la puerta y el rumor de unas voces. Y unos pasos. Vuelve, por el fondo, NORBERTA, conduciendo a DON FELIX. NORBERTA viene abrochando la blusa que se desabrochó antes, como si no hubiera acabado de vestirse apresuradamente. Enciende la luz de la lámpara del techo.)

NORBERTA.—(Explicando.) Me tenía que vestir... Pase.

DON FELIX.—¿Y la señora?

NORBERTA.—(Arreglándose también el pelo.) Se retiró

una toquilla sobre los hombros. MARTIRIO la ve antes. Se le corta la risa. NORBERTA vuelve entonces la cabeza.)

NORBERTA.—(Secamente a AUREA.) ¿Qué haces tú aquí?

AUREA.—(Que casi está temblando de miedo.) ¡Como he oído entrar y salir...! Por si me necesitaban para algo...

NORBERTA.—(Duramente.) ¡Sube a tu cuarto! No haces ninguna falta.

(Entra JULIAN por la izquierda. MARTIRIO y NORBERTA se vuelven y le miran. Pero JULIAN ha quedado pendiente de AUREA. Después de un instante, mira a MARTIRIO y a NORBERTA.)

JULIAN.—(Señalando a AUREA.) ¿Y ésta ¿quién es?

T E L O N

ACTO SEGUNDO

(En el mismo lugar. Las ventanas de la derecha, casi cerradas, apenas dejan pasar por las hojas de las contraventanas unos rayos de sol que bastan para establecer la penumbra y deja caer unas rayas oblicuas y favorientas. Detrás de este efecto de luz está sentada AUREA, sola y en silencio, casi oculta por los rayos luminosos. Puede llevar allí quieta una o más horas. Y está aún unos instantes callada e inmóvil, con los ojos muy abiertos y las manos cruzadas sobre el regazo. Por la puerta del fondo llega también una claridad. La puerta de la izquierda está entreabierta.

En el fondo aparece JULIAN. Queda en la puerta, en contraluz. Está en mangas de camisa. Se estira en el lento y largo desperezo de un sueño satisfecho. Da dos pasos dentro de la habitación. Mira a la puerta de la izquierda. Sonríe al ver que no está cerrada. Parece que va a dirigirse a ella cuando un involuntario movimiento, un pequeño ruido de AUREA, le hace volver la cabeza. Ve a AUREA y queda mirándola, extrañado.)

JULIAN.—¿Qué haces aquí?

AUREA.—(Sin matiz en la voz.) Nada.

(JULIAN la mira, sin comprender bien. AUREA aclara.)

Espero.

JULIAN.—¿Qué?

AUREA.—No sé.

Otra clase de miedo... *(Tratando de hacerse comprender.)* También tenía yo pocos años...

AUREA.—Pero usted es hombre.

JULIAN.—Y ¿quién te dice a ti que lo malo, en esta casa, no es ser hombre?

AUREA.—*(Casi ganada por él, con curiosidad.)* Entonces, ¿por qué ha vuelto usted?

JULIAN.—Para poder irme, un día, más lejos... para siempre.

AUREA.—¿Sólo?

JULIAN.—Por irme, como sea. Al otro lado del mar... ¿Tú no has visto el mar?

AUREA.—No.

JULIAN.—Yo, sí. *(Recordando.)* Estaba detrás de unas rejas...

AUREA.—¿Usted?

JULIAN.—O el mar... ¡Vete a saber! Las rejas son iguales por las dos caras... El mar no se acaba nunca. ¡Si vieras! Y parece que te limpia los ojos. *(Mira a AUREA, cada vez más impresionado por ella.)* Pero eso a ti no te hace falta. Tú tienes los ojos limpios. Los primeros ojos limpios que he encontrado en mi vida...

(Quedan un instante mirándose en silencio. Instintivamente, sin saber siquiera para qué, JULIAN adelanta su mano derecha hacia AUREA.)

AUREA, instintivamente también, recoge sus manos más en su regazo. Es una reacción maquinal, a pesar de haber superado su temor y la desconfianza que hasta entonces le producía JULIAN. JULIAN se detiene. Algo misterioso se ha establecido entre los dos y sus miradas. Algo que se corta bruscamente por parte de JULIAN, que vuelve la cabeza hacia la puerta de la izquierda, de donde ha creído oír un ruido. No tiene tiempo de retroceder. Entra MARTIRIO, por

la izquierda. Viste una bata abierta por el escote, dejando ver, sobre el pecho, la puntilla de la camisa. Queda en la puerta, mirando a JULIAN.)

MARTIRIO.—*(A JULIAN.)* ¡Creí que ya...!

(AUREA, apurada, se pone en pie, a un tiempo que JULIAN da un paso hacia MARTIRIO. MARTIRIO se da cuenta, entonces, de la presencia de AUREA. Se cierra la bata rápido.)

MARTIRIO.—*(A AUREA, irritada.)* Tú, ¿qué estás haciendo aquí?

AUREA.—*(Asustada.)* Yo...

JULIAN.—*(Sonriendo un poco cínico.)* Déjela usted. Está al acecho.

MARTIRIO.—*(Como si no comprendiera.)* Al acecho, ¿de qué?

JULIAN.—*(Explicando.)* De los pasos que doy... y en qué dirección.

MARTIRIO.—*(Gritando a AUREA, indignada.)* ¿Cómo te atreves, en mi casa, a...?

JULIAN.—No le grite usted, que a ella no se le ha ocurrido. Esta pobre, ¿qué sabe de nada?

MARTIRIO.—*(Que no escucha a JULIAN, grita.)* ¡Puerca! ¿No se te cae la cara de vergüenza?

JULIAN.—*(Gritando a MARTIRIO, más fuerte y enérgico.)* ¡No le grite, le estoy diciendo!

(MARTIRIO queda cortada por la voz de JULIAN y la fuerza de su tono. No acierta a reaccionar.)

MARTIRIO.—*(Torpemente, a JULIAN.)* ¡Bueno! ¿Quién manda aquí?

JULIAN.—*(Bajando la voz, pero firme.)* Usted. Pero no le grite. Ella está ahí también mandada.

MARTIRIO.—*(Sin detenerse a pensar.)* ¿Por quién?

JULIAN.—*(Volviendo a su tono irónico.)* ¡Pues sí que es difícil! ¿Quién falta? *(MARTIRIO le mira.)*

(Cruza la escena y sale por la puerta de la izquierda. Vuelve a sonar la campanilla.)

MARTIRIO.—(A AUREA.) ¡Anda!

(AUREA sale, por el fondo derecha. MARTIRIO queda escuchando con atención. Se oye abrir la puerta, dentro, y cerrar casi inmediatamente. Se escuchan unas voces. Al acercarse los pasos, sólo la voz de NORBERTA.)

NORBERTA.—(Desde dentro, acercándose.) ¡Madre, qué calor! El coche era un horno. Y ahora, al subir, como si ardiese el aire...

(NORBERTA, vestida más de calle que en el acto anterior, llega de la capital. Un pañuelo de colores a la cabeza y una cesta al brazo. AUREA sigue a NORBERTA. Al llegar, queda al fondo.)

(Entrando.) Buenas tardes.

MARTIRIO.—¿Ya?

NORBERTA.—Sí. Terminé pronto. ¿Qué iba a hacer en Zamora hasta el coche de las ocho?

(NORBERTA deja la cesta sobre la mesa de la derecha. Se echa hacia la espalda el pañuelo, sin desatarlo. Se arregla el pelo y con un pañuelo blanco, pequeño, que trae apretado en la mano derecha, se seca el sudor de la frente.)

MARTIRIO.—¡Claro! ¡Con este calor!

NORBERTA.—Calor es poco. ¡Fuego! Como el del infierno...

MARTIRIO.—(Con un suspiro asustado.) ¡Dios nos libre!

NORBERTA.—(Con su tono de intención amarga.) Sí. Mejor será.

(NORBERTA ha hablado siempre sin interrumpir su acción. Abre la cesta, quita el paño con que cubre su contenido y saca unos paquetes de cigarrillos baratos. Con ellos en la mano, se vuelve hacia AUREA.)

NORBERTA.—(A AUREA.) Llama a ese hombre.

(AUREA la mira fijamente, sin moverse ni responder. NORBERTA, con un gesto de dejarla por imposible, va a la puerta del fondo, desde donde llama, mirando hacia arriba sin alzar la voz mucho.)

NORBERTA.—¡Julián!... ¡Julián!

(Repara en AUREA, que la mira asustada, con los ojos muy abiertos.)

¿Qué pasa?

(AUREA mira la puerta de la izquierda, en silencio, sin querer. NORBERTA comprende. Se vuelve. Mira hacia la puerta también.)

(Cayendo en la cuenta.) ¡Ajá! *(A MARTIRIO.)* ¡No podía usted esperar ni un día para volver a las andadas! ¡Claro! Eran muchos años... En cuanto yo diese media vuelta, ya no le ataba a usted ningún recato. Ni siquiera la mirada de esta inocente...

MARTIRIO.—(Balbuceando una explicación.) No ha hecho más que entrar... *(Señalando a AUREA.)* Que lo diga ella, si no...

NORBERTA.—(Por AUREA.) Esta, ¡qué va a decir! Ya le habrá usted leído la lección!... Y ni la avergüenza estar medio desnuda!

MARTIRIO.—(Sorprendida, apurada.) ¿Yo? *(Dándose cuenta de que está en bata y cerrándose la nuevamente.)* Oí hablar y salí... Como estaba... ¡Tenía tanto calor!...

NORBERTA.—Ya sé de qué clase.

MARTIRIO.—(Indicando a AUREA.) ¡Por Dios!

NORBERTA.—(Después de una rápida mirada a AUREA.)

¡Deje usted! Que se vaya acostumbrando a oír!

¡Después de lo que está viendo, no creo que...!

(Aparece JULIAN en la puerta de la izquierda. La aparición de JULIAN corta la palabra a NORBERTA.)

JULIAN.—(A NORBERTA, sin perder la calma.) Bueno, ¿te vas a callar ya?

JULIAN.—(Sonriendo, a NORBERTA con insolencia.) ¿No estaba haciendo falta, de verdad?

(NORBERTA aprieta el gesto y rehúye la mirada de JULIAN, sin responder, sin valor para negar. JULIAN sonríe, más dueño de sí, y se vuelve a MARTIRIO.) Usted, ¿qué dice, que está ahí tan callada? (MARTIRIO le mira.) ¿Hacía falta, o no?

(MARTIRIO, con una sinceridad avergonzada, asiente.)

MARTIRIO.—(Casi sin voz.) Sí.

(JULIAN está gozando su dominio. Mira a NORBERTA, que le sostiene, dura, la mirada. Después, mira a MARTIRIO.)

JULIAN.—(A MARTIRIO.) A ver si se ponen de acuerdo. (A NORBERTA, alzando la botella.) Y gracias, tú.

(Sale por el fondo izquierda, después de haberse sentido dueño absoluto de la situación. MARTIRIO suspira, con la pesadumbre de todo lo que tiene que soportar.)

MARTIRIO.—¡Ay, Señor!

(NORBERTA la mira y concentra en ella toda su ira.)

NORBERTA.—Y usted, ya podía ir a ponerse decente.

MARTIRIO.—¿Por qué la tomas tú conmigo? Harías mejor mirando para otro lado... (NORBERTA no comprende.) No ha estado conmigo ahí dentro, ¿te enteras? Salí de mi cuarto porque le había oído hablar bajo...

NORBERTA.—¿Con quién?

MARTIRIO.—¡Válgame Dios! ¿Quién más hay en la casa?

NORBERTA.—(Comprende pero encuentra la explicación.) La dejé yo al cuidado...

MARTIRIO.—Y ¿por eso hablaban como en secreto?

NORBERTA.—¿En secreto?

MARTIRIO.—O en lo que más se le parezca.

(NORBERTA piensa un momento. Aprieta el gesto, tomando una resolución.)

NORBERTA.—Eso lo arreglo yo pronto.

MARTIRIO.—¿De qué manera?

NORBERTA.—Mandándola a su casa.

MARTIRIO.—¿Y si habla?

NORBERTA.—De aquí al monte se puede hacer de modo que no vea a nadie.

MARTIRIO.—Y ¿en su casa...?

NORBERTA.—Allí que hable lo que quiera. Sopla viento, de sobra, para llevarse las palabras.

MARTIRIO.—Eso es lo malo.

NORBERTA.—Los árboles no oyen, como las paredes. Además, allí estás sus padres para teparle la boca.

MARTIRIO.—¿Cómo?

NORBERTA.—Como sea. Por las malas, si hace falta.

MARTIRIO.—(Rechazando la idea.) Demasiada gente para callar un secreto.

NORBERTA.—(Segura.) Déjelo de mi cuenta.

MARTIRIO.—(Considerando.) Si se quedara aquí, sin la muchacha... Te tomaría aborrecimiento.

NORBERTA.—A mí y a usted.

MARTIRIO.—(Sin admitir esa posibilidad.) A ti. (NORBERTA la mira.) Porque saldría de casa contra mi voluntad. Serías tú sola la que la pusiese en la calle. (Nueva mirada interrogante de NORBERTA.) Yo ya no estoy para jugármelo todo a una carta. Por mucho que me quisiera engañar, algo me lo estaría recordando a todas horas.

NORBERTA.—¿El espejo?

MARTIRIO.—Peor. Sus ojos. Con los ojos no puede mentir. Ni siquiera cuando me ha besado... (Ante la reacción de NORBERTA.) Sí. Me ha besado. Pues, claro... ¿Qué creías? Aquí mismo, hace nada... Los

NORBERTA.—Por largo esta vez, quiero decir. Dinero para siempre. Ya usted me entiende.

MARTIRIO.—Dinero... ¿a nombre de él?

NORBERTA.—No, señora. Al mío. Por si acaso.

MARTIRIO.—(Con un sarcasmo mal intencionado.) Poca fe tienes en él o en ti... ¿Crees que te puede dejar plantada, si no lo atas por el interés?

NORBERTA.—A mí y a usted. Nos puede dejar, porque, si ponemos dinero en sus manos, ¿con qué lo vamos a retener, usted y yo, un día, cuando quiten la vigilancia de esta casa? (MARTIRIO la mira.) Esta guarida no va a ser eterna. Cuando vean que no fue más que una alarma... El se dará cuenta de que puede largarse..., y si sabe que hay un dinero a su nombre, no esperará mucho.

MARTIRIO.—¿Por qué no?

NORBERTA.—Usted lo ha dicho antes. ¿No recuerda? Porque ni usted ni yo tenemos mucho que ofrecerle, por mucho tiempo... Son quince años los que han pasado.

MARTIRIO.—Para él también.

NORBERTA.—Sí, pero ¿cuántos tenía él menos que nosotras cuando llegó del campo a servir en la casa? Los mismos de menos que sigue teniendo. Y a poco que compare...

MARTIRIO.—(Queriendo convencerse a sí misma.) Antes no había conocido a más mujeres. Y después ha estado sin ellas. Mal puede comparar.

NORBERTA.—Con que compare lo que éramos y lo que somos, ya es bastante. O que compare con sus sueños. ¿Es qué no sabe usted que los hombres sueñan, como nosotras? Ya se buscó compañía en Toro antes de venir aquí...

MARTIRIO.—(Con desprecio y repugnancia.) Mujeres de ésas...

NORBERTA.—(Inflexible.) ¿Serviríamos ya usted y yo para mujeres «de ésas»?

(MARTIRIO baja la cabeza, sin responder, bajo la mirada de NORBERTA.)

MARTIRIO.—(Suspirando acongojada.) ¿Qué podemos hacer?

NORBERTA.—Todo menos jugar limpio. Es un lujo que se nos ha puesto muy caro. Usted me da ese dinero...

MARTIRIO.—(Con fastidio.) Parece que no piensas en otra cosa. (Animada en el fondo por una nueva idea.) Te lo daré, si es lo que te interesa..., y si te vas.

NORBERTA.—(Negando con la cabeza.) Me interesa el dinero, pero con él. Donde él esté. Aquí, por el momento, si no hay otro remedio. El dinero es la fuerza con que se puede dominar a ese hombre, y no es de ley que sea usted sola la que disponga de ella.

MARTIRIO.—(Concediendo, vagamente.) Bueno... Yo veré esta noche...

NORBERTA.—No es cosa de «esta noche»... Ni, menos, de «yo veré». Ha de ser, sin más rodeos.

(Hay un silencio, durante el que NORBERTA se está recreando en lo que va a decir.)

Hace tiempo que le están queriendo comprar a usted la finca de «El Jaral»...

MARTIRIO.—(Protestando alarmada.) ¡«El Jaral» vale...!

NORBERTA.—(Con falsa indiferencia, sin entrar en números.) Lo que valga.

(MARTIRIO la mira, temiendo que no tiene escape.)

No quiere usted imponerse de que no le queda otra salida. El dinero, que se lo den en billetes. El porque no es capítulo de nadie. (Casi una orden.) Les escribe usted que se ha decidido a vender, formalmente.

MARTIRIO.—¿Así, de pronto?

¿Qué buscas tú?

AUREA.—(Asustada como siempre.) Nada. Venía a decirle si...

(NORBERTA cambia a un tono más suave. Señala la cesta que trajo al entrar y quedó sobre la mesa.)

NORBERTA.—Llévate esa cesta a la cocina.

AUREA.—(Obediente.) Sí, señora.

(Va a la mesa y toma la cesta. NORBERTA aprovecha la pasada de AUREA para cambiar una mirada con MARTIRIO, en la que le indica que la deje a solas con la muchacha. MARTIRIO asiente.)

MARTIRIO.—(Explicando, sin necesidad, falsamente.)

Voy a arreglarme. No sé cómo se me ha ido el tiempo.

(Va a la puerta de la izquierda y sale por ella. AUREA, con la cesta, llega a la puerta del fondo.)

NORBERTA.—Tráete la costura. Vamos a aprovechar...

AUREA.—(Que se ha vuelto en la puerta.) Voy.

(Sale, por el fondo izquierda. NORBERTA piensa, un instante, tras haberla visto salir. Va a la mesa de la derecha. Se quita el pañuelo, que le quedó al cuello. Lo dobla con cuidado y lo deja sobre la mesa. Toma de algún mueble un pequeño cesto de costura. Lo deja también sobre la mesa. Va a una de las ventanas, por las que ha bajado el sol durante la escena anterior. Abre un poco más las maderas y mira a través de los cristales, con curiosidad y con la precaución de no ser vista desde fuera. Calcula la luz suficiente y acerca a la ventana dos sillas de las que hay cerca de la pared. Se sienta en una y rebusca en el cestillo de costura. Entra AUREA, trayendo un cesto de ropa blanca.)

NORBERTA.—(Señalando el suelo junto a ella.) Deja ahí eso. (AUREA obedece.) Y siéntate.

(AUREA se sienta en la silla que le indica NORBERTA.)

NORBERTA enhebra una aguja con hilo blanco y la entrega a AUREA.)

Toma.

(NORBERTA toma del cesto una camisa de hombre y, con toda intención la pasa a AUREA, después de haber advertido una desgarradura.)

No sé qué hacer con la ropa...

(Rebusca en el cesto. Toma otra prenda, ésta de mujer, y la coloca en su regazo. AUREA mira la camisa en sus manos. NORBERTA toma otra aguja y la enhebra. Habla durante esta operación, sin mirar a AUREA y sin poner la menor intención en sus palabras, deliberadamente.)

¿Dónde está?

AUREA.—¿Quién?

NORBERTA.—El hombre.

AUREA.—En la cocina.

NORBERTA.—¿Qué hace?

AUREA.—Está sentado, fumando... Y bebe.

NORBERTA.—¿Ha hablado contigo?

AUREA.—¿Cuándo?

NORBERTA.—Ahora.

AUREA.—También.

(Un corto silencio.)

NORBERTA.—¿Qué dice?

AUREA.—No sé.

NORBERTA.—¿No le escuchas?

AUREA.—Sí, pero...

(NORBERTA la mira y ve que tiene los ojos fijos en la camisa. Sonríe y, sin asomo de acritud, le dice.)

NORBERTA.—(AUREA, como si la hubieran pillado en falta, dispone la camisa y empieza a coser sin decir nada. NORBERTA la mira y, después de otro corto silencio, deja caer sus palabras.)

vino el mal. Con una palabra se hubiese acabado todo. Y darle el pasaporte. Porque el de ahí dentro tomó aquel silencio por lo que no era y se atrevió a más. Y una noche subió al piso de arriba. *(Ante el gesto de AUREA, aclara.)* Los señores dormían entonces arriba, en las habitaciones que están cerradas. El señor debió de oír pasos... Y le salió al encuentro. La mañana siguiente lo encontramos en un charco de sangre, con el corazón atravesado por un cuchillo...

AUREA.—¿Dónde fue?

NORBERTA.—*(Que no espera esa pregunta imprecisa.)* Ahí... *(Añadiendo la aclaración.)* En lo alto de la escalera...

(NORBERTA espera que AUREA diga algo. Pero AUREA calla.)

NORBERTA.—Ese hombre..., Julián..., acabó por confesar. Tampoco podía hacer otra cosa.

AUREA.—*(Sin matiz en la voz.)* ¡Si fue en defensa...!

NORBERTA.—*(Con una ironía cruel.)* En defensa ¿de qué? ¿Contra un pobre viejo?... Mala muerte. Muerte de mala sangre. *(Cambia a un tono normal expositivo.)* Le echaron veinte años. Luego, con los indultos y lo demás, quedaron en quince. Y acaba de cumplirlos hace una semana.

(Un silencio. NORBERTA mira a AUREA, extrañada de su actitud impasible.)

¿No lloras?

AUREA.—*(Sericillamente.)* No.

NORBERTA.—*(Pensando.)* Es la primera vez que no lloras cuando te cuento historias de muerte... *(Reacciona, sintiéndose confortada.)* Mejor. *(Casi para sí misma.)* Buena señal.

(Se dispone a coser más tranquila. AUREA sigue mirándola y vuelve la cabeza hacia la izquierda, cuan-

do MARTIRIO entra por la puerta de su cuarto. MARTIRIO está ya vestida. NORBERTA vuelve la cabeza, también. Se pone en pie y se vuelve a AUREA indicando el cesto de ropa.)

Recoge eso. Lo terminas ahí dentro.

(AUREA se pone en pie y toma el cesto de ropa, con el que se dirige a la puerta del fondo.)

AUREA.—*(Al pasar junto a MARTIRIO.)* Con su permiso. *(Sale por el fondo izquierda. Cuando ha salido AUREA, MARTIRIO mira a NORBERTA, interrogante.)*

NORBERTA.—Cosa hecha.

MARTIRIO.—*(Sentándose.)* ¿Le has prohibido que vuelva a hablar con él?

NORBERTA.—¿Para avivarle más el interés? Prohibir como señalar el camino. Ahora será el miedo que...

MARTIRIO.—*(Poco convencida.)* ¿El miedo? Pues lo que es temblando no iba...

NORBERTA.—Ya temblará esta noche... Lleva el miedo en un ala. No se podrá dormir, imaginándose al señor en un charco de sangre en lo alto de la escalera...

MARTIRIO.—*(Extrañada.)* ¿En la escalera?

NORBERTA.—*(Con su humor negro.)* Había que guardar las formas. No era cosa de decir dónde.

MARTIRIO.—¡Si no sale a dar parte de que está aquí...!

NORBERTA.—Es pronto. Para eso tendrá que tomarle aborrecimiento. Y el miedo está delante, tapándolo todo. *(Muy segura.)* No hay cuidado.

(Un corto silencio, que MARTIRIO aprovecha para suspirar.)

Tiene usted que escribir esa carta. *(Ante la mirada de olvido de MARTIRIO.)* Diciendo que sí, que se decide usted a vender «El Jaral»...

MARTIRIO.—*(Angustiada.)* ¿Qué prisa hay?

donde dejarla. Va al fondo derecha, donde hay una repisa con unos floreros vacíos. Deja caer la cerilla en uno, y a él volverá siempre que tenga que dejar la ceniza. Está de espaldas a la puerta en esta operación, cuando entra AUREA con una botella de coñac y un vaso en las manos. Sin levantar apenas los ojos del suelo, AUREA se da cuenta de dónde está JULIAN y trata de dejar la botella y el vaso sobre la mesa de la derecha y volver a salir, apresuradamente, antes de que JULIAN la vea y la retenga. JULIAN se vuelve. Va hacia ella. AUREA inicia la salida, aprisa, sin levantar los ojos. JULIAN le corta el paso.)

JULIAN.—¡Espera, mujer!

AUREA.—(Firme, sin mirarle.) Déjeme usted pasar.

JULIAN.—¿Dónde vas?

AUREA.—A mi obligación.

JULIAN.—(Deteniéndola.) ¿Cuál es tu obligación?

AUREA.—¡Déjeme usted!

(JULIAN señala la botella y el vaso.)

JULIAN.—¿Te ha dicho la Norberta que me traigas eso?

(AUREA asiente, sin alzar los ojos. JULIAN la mira y sonríe, queriendo llevar por la broma la conversación.)

¿Y no te ha enseñado a servir? (AUREA alza los ojos.)
Se trae en una bandeja.

AUREA.—(Sosteniéndole por primera vez la mirada.) Eso es a los señores.

(A JULIAN le sorprende la respuesta. Contiene su primer pronto para volver a sonreír.)

JULIAN.—Y yo, ¿qué soy aquí?

AUREA.—(Evasiva otra vez.) Usted sabrá lo que es.

(Intenta la salida. JULIAN le corta el paso nuevamente.)

JULIAN.—¡Aguarda! ... ¿Qué te pasa conmigo?

AUREA.—Nada.

JULIAN.—Entonces, ¿por qué no me quieres hablar?

(AUREA no responde.) ¿Qué te he hecho yo?

AUREA.—(Obstinada.) A mí, nada.

(AUREA ha vuelto a mirar al suelo. JULIAN no quiere perder su tono de broma, como si hablara con una criatura.)

JULIAN.—¡Ni mirarme, tampoco! ¡A ver esos ojos!

(AUREA alza la cabeza, mirando a JULIAN ceñudamente.)

¡Vaya! ¡Así, mucho mejor! ...

AUREA.—(Con un profundo encono.) Es usted malo.

(JULIAN domina la extrañeza que le producen las palabras de AUREA y, con el mismo tono anterior, sigue sorpresa.)

JULIAN.—¡Ah! ¿Es por eso...?

(Se dirige a la mesa y se sirve de beber, seguido por la mirada de AUREA, que no esperaba esta reacción de JULIAN. JULIAN toma la botella y la descorcha.)

(Durante esa acción.) ¡Malo! ... ¡Claro que soy malo! ¿Qué quieres que sea?

(Con el corcho en una mano y la botella en la otra, se vuelve a AUREA.)

Y ¿quién es bueno aquí, me quieres decir?

(AUREA no contesta. JULIAN se sirve en el vaso. Deja la botella en la mesa y toma el vaso, hablando de espaldas a AUREA durante este juego.)

Y fuera de aquí, ¿hay alguien bueno también?

AUREA.—(Hermética.) Yo no sé.

JULIAN.—(Volviéndose a ella.) Más te vale. Pero ya lo sabrás. Te lo harán saber, aunque no quieras.

(Apura el vaso de un trago, deja el vaso de golpe sobre la mesa. Se seca los labios con el dorso de la mano y se acerca a AUREA, poseído de una mezcla de ira, de pasión, de angustia y de amor.)

¡No hay nadie bueno, en el mundo, más que tú!

que puede ser más fácil... Y hay dinero, no sé de quién..., de una o de la otra... Mucho dinero. Para llegar hasta América, si hace falta...

(AUREA, que ha permanecido inmóvil e impasible hasta entonces, rompe a llorar de pronto.)
(Desconcertado por su llanto.) ¿Por qué lloras?

AUREA.—(Acongojada, indignada consigo misma.) Por que quiero creerle a usted...

(JULIAN la mira, emocionado. Abre sus brazos, dejando a AUREA en libertad. Pero AUREA tiene un reproche que interponer.)
Pero... usted ha matado a un hombre.

JULIAN.—(Revolviéndose.) ¡No es verdad! ¡No lo maté yo! ¿Quién te ha dicho eso? (AUREA no responde.) La Norberta, ¿no? (AUREA no responde.) ¿Te ha dicho que yo me entendía con la señora?

AUREA.—(Sorprendida.) No.

JULIAN.—Eso, sí. Y podía haberte dicho que también a ella le deshacía la cama por las noches...

(AUREA, aterrada, confusa, quiere ir hacia la puerta del fondo, sin mirarle. JULIAN la detiene fuertemente.)
¡Aguarda! Lo tienes que saber, ahora... Si tú no crees en mí, estoy bien muerto entonces... Yo no maté, ¿me oyes? Aquella noche...

(Se oye un ruido dentro, en la habitación de MARTIRIO. JULIAN vuelve, rápido, la cabeza a un tiempo que suelta la mano de AUREA. Se vuelve a ella y le indica con la cabeza que salga. AUREA asiente y sale por la puerta del fondo.)

JULIAN.—(A AUREA, que está ya en la puerta.) ¡Chst!
(AUREA vuelve la cabeza y le mira.)
(Sonriendo como compartiendo un secreto.) ¡Angel!
(AUREA sonríe entre sus lágrimas y sale por el fondo izquierda.)

VOZ MARTIRIO.—(Dentro.) ¿Quién está ahí?

JULIAN.—(Volviéndose.) Soy yo.
(Va a la mesa y se sirve en el vaso, si no se ha roto, o bebe de la misma botella. Entra MARTIRIO. Se ha puesto un vestido, se ha arreglado mucho el pelo y trae una carta cerrada en la mano.)

MARTIRIO.—¿Qué haces?
(JULIAN se vuelve con la botella en la mano.)

JULIAN.—(Impertinente.) ¿Qué? ¿También usted va a decirme que no beba?

MARTIRIO.—(Dulcemente.) No, por Dios. Lo que quieras. Para eso se ha traído. (Mira a su alrededor.) ¿Y Norberta?

JULIAN.—Arriba está.
(MARTIRIO se acerca a JULIAN, con la carta en la mano, en tono de misterio.)

MARTIRIO.—(Acusando.) No sabes... Ha querido que escriba una carta... Y va a bajar ella misma a echarla al pueblo... Quiere que diga que vendo «El Jeral» y quedarse ella con el dinero. (Gesto de JULIAN.) Sí. Ya ves. Un dinero que, en todo caso, es tuyo. Pero lo quiere para ella, porque sabe que tú no te ibas a ir con ella de otra manera.

JULIAN.—No se lo dé usted.

MARTIRIO.—(Con la misteriosa sonrisa de guardar un secreto.) Veremos, todavía...

JULIAN.—¡Si ha escrito usted la carta... y ella va a ponerla en el correo...!

MARTIRIO.—No me he podido negar abiertamente, porque ahora, si quiere, puede echar los pies por alto. Y descubrirte. Y descubrirme a mí. De momento, conviene decir que sí a todo. Después...
(Muy satisfecha de sí misma, al descubrir su hábil manejo, indicando el sobre que tiene en la mano.)
Por lo pronto, no he escrito la carta...

Lo menos, que me voy a ir con los cuartos...

MARTIRIO.—No, pero...

(JULIAN comprende que puede ir mal por el camino de la abierta desconfianza. Cambia de táctica, acercándose a MARTIRIO.)

JULIAN.—Usted, ese día, querrá estar segura de que vuelvo con usted por mi gusto y no por el interés.

MARTIRIO.—(A punto de convencerse.) Eso, sí.

JULIAN.—Pues eso.

(JULIAN conquista a MARTIRIO con una caricia. MARTIRIO, ilusionada, sonrío a JULIAN y toca con su mano su mejilla. En esto los sorprende NORBERTA, que hace como si nada hubiese advertido. Se ha cambiado de ropa. Cruza a la derecha, a una de las ventanas, sin mirar a JULIAN. ni, por supuesto, a MARTIRIO.)

NORBERTA.—¿No te tengo dicho que no fumes aquí?
(MARTIRIO y JULIAN se han separado.)

JULIAN.—Hace rato.

NORBERTA.—(Abriendo con precaución una de las ventanas.) El humo se queda quieto en el aire. Y se huele nada más entrar.
(Vuelve al centro de la escena, agitando los brazos para disipar el humo.)

JULIAN.—¡Pero quién va a venir a oler!

NORBERTA.—Si le valiera, puede que más de uno. (A MARTIRIO.) Usted no sabe lo que se habla en el pueblo, desde que saben que nos guardan día y noche. Como la otra vez.

MARTIRIO.—(Satisfecha en el fondo.) La gente, que es muy cuentera.

NORBERTA.—Y si le dan el cuento hecho, ¿qué más quieren? (A MARTIRIO.) ¿Está ya eso?

MARTIRIO.—Sí. (Cruza la escena con el sobre en la mano.) Aquí tienes.

(Le entrega el sobre. NORBERTA lo mira en sus manos. Lee lo escrito por ambos lados y mira a MARTIRIO.)

NORBERTA.—¿Lo ha puesto usted bien explicado, comprometiéndose?

MARTIRIO.—Claro, mujer.

(NORBERTA dobla el sobre y se lo guarda dentro del descote.)

NORBERTA.—(En voz baja.) Ahí les dejo a ustedes...

MARTIRIO.—(Ruborizada, con un falso pretexto.) ¡Mujer! Ya estoy arreglada.

NORBERTA.—¡Con volverse a desarreglar!... O que él se encargue.
(JULIAN las ha estado observando desde el otro lado de la escena.)

JULIAN.—¿Secretos también?

NORBERTA.—(Se vuelve a MARTIRIO.) Si a la señora no le importa, tardaré un rato... Para la hora de la cena... Voy a pasar por donde unos parientes, que hace un siglo que no los veo. Hay que estar a bien con la familia, ¿verdad, usted?

MARTIRIO.—(Asintiendo.) No cuesta nada.

NORBERTA.—Aunque cueste un poco. La familia es lo único seguro. ¿Manda usted algo más?

MARTIRIO.—No.

NORBERTA.—(Disponiéndose a salir.) Pues andando...
(Se dirige a la puerta.)

JULIAN.—Me traes un puro.

NORBERTA.—(Volviéndose a él con mal humor.) Y ¿para quién digo que es en el estanco?

JULIAN.—Dices que es una promesa.

NORBERTA.—No se lo iban a creer... Hasta luego.

MARTIRIO.—Hasta luego.
(Se vuelve NORBERTA con un gesto y sale por el fondo derecha. JULIAN se echa a reír. Se da cuenta de

res. La Norberta empezó a mirarme. Yo tampoco entendía de miradas. Y una noche, cuando yo volví de dar el pienso, me la encontré sobre mi cama. ¿Quieres saber cómo de ropa?

AUREA.—(Horrorizada.) No.

JULIAN.—Tienes que saberlo. Nos estamos jugando la vida... Sin nada de ropa. Como su madre la echó al mundo. (Con una sonrisa en el recuerdo.) No estaba mal entonces la Norberta...

(AUREA se echa a llorar. Pero esta vez JULIAN no puede frenar para conmoverse. La luz ha comenzado a bajar y la habitación, con las ventanas entornadas, va quedando más en sombra.)

JULIAN.—(Consolándola a su manera.) No llores, que de eso hace ya mucho tiempo...

(AUREA le mira entre sus lágrimas, como esperanzada. JULIAN la mira con una sonrisa que no pierde al volver a hablar. En ese momento aparece MARTIRIO en la puerta de la izquierda y queda escuchando, en la sombra, sin ser vista por JULIAN y AUREA.)

La señora también empezó a mirarme de esa manera. Yo iba distinguiendo ya de miradas. Pero no podía creer que la señora mirase lo mismo que la otra. Cuando me hablaba, le temblaba la voz...

AUREA.—(Ahogada, en el colmo de sus fuerzas.) No lo quiero saber.

JULIAN.—No hay más remedio, porque va revuelto con la sangre y la muerte. No se puede separar... esto, sí..., y esto, no. Porque todo tiene ya un color pajejo. La señora quería lo mismo... Y mandaba. Para eso era la señora. El señor se iba a su cuarto temprano. Era ya de edad. Una noche, aquella noche..., no se había dormido, por lo visto. Y oyó algo. Pisadas, suspiros..., lo que fuese... Y vino a empujar la puerta del cuarto de la señora... (Nervioso ante

la mirada de AUREA.) ¡No me mires así! ¡Natural que estaba allí con ella! ¿Dónde iba a estar a esas horas? La puerta, sin ruido...

(Imita lentamente, con la mano extendida, el movimiento de una puerta que se abre.)

AUREA.—(Suplicando aterrada.) ¡No lo quiero saber!

JULIAN.—(Sin ceder.) Queda poco. (Recordando.) ¿Querrás creer que ni un grito? No he dejado de pensar en eso desde entonces. Ni un grito. Parece mentira. La señora saltó, tal como estaba, y rebuscó en mi ropa... Cuando entró el viejo, ella tenía en la mano mi cuchillo de monte...

AUREA.—(Sorprendida.) ¿La señora?

JULIAN.—(Asintiendo con la cabeza.) Le acertó el corazón. Sin darle tiempo a nada. ¡Parece mentira lo fácil que es la muerte! La señora me ofreció dinero, para que yo cargara con la culpa..., para que dijera yo que había matado por salvarla a ella.

(En ese momento, MARTIRIO se decide a hablar. Lo hace en voz baja, con encono. AUREA y JULIAN se vuelven, sorprendidos, al oírla.)

MARTIRIO.—Se te olvida decir que antes te había salvado yo.

JULIAN.—¿Salvarme?

MARTIRIO.—Iba derecho a ti.

JULIAN.—¿Qué podía contra mí a sus años?

MARTIRIO.—El, poco... Pero ¿y la muerte que llevaba en la mano? No has dicho que traía su revólver. En aquel momento no pensé más que en que iba a perderte...

JULIAN.—Ese fue su cuento, para que tuviera que estar, encima, agradecido. Pensó usted en usted misma, en que la había descubierto y podía gritar... Pensó usted en todo lo que iba a perder. Lo mató para que no hablase. Mi muerte era lo de menos.

ñoras con una edad aproximada a la de MARTIRIO. Son gente acomodada y visten con arreglo a su edad, su condición y su tiempo, sin tópico ni exageración de ninguna clase. NORBERTA se sorprende de no encontrar a MARTIRIO en el lugar en que la dejó. Mira hacia la puerta de la izquierda y después a las dos señoras.)

NORBERTA.—Siéntense, por favor... Voy a avisarle, con su permiso.

DOÑA CASILDA.—Gracias.

(Se sientan DOÑA CASILDA y DOÑA ANDREA. NORBERTA sale por la puerta de la izquierda. DOÑA CASILDA y DOÑA ANDREA miran a su alrededor, con curiosidad.)

DOÑA ANDREA.—Todo igual.

DOÑA CASILDA.—(Indicando indecisa.) Aquella consola...

DOÑA ANDREA.—(Muy segura.) Mujer, ha estado siempre... (Duda un momento.) Espera... (Aceptando la posibilidad.) Quizá... Sí. En la sala de arriba.

DOÑA CASILDA.—¡Ya decía yo!

DOÑA ANDREA.—(Confirmando su juicio.) Pero lo demás no ha cambiado nada.

DOÑA CASILDA.—(Suspirando.) ¡Las casas donde no hay hijos!...

DOÑA ANDREA.—Y donde la muerte entra de mala manera, por la puerta de servicio...

DOÑA CASILDA.—Se quedan como encantadas.

DOÑA ANDREA.—Sí. ¡Dios nos libre!

DOÑA CASILDA.—(Suspirando.) Yo ya sabía que me iba a hacer impresión.

DOÑA ANDREA.—Pero había que venir.

(Llega NORBERTA por la puerta de la izquierda.)

NORBERTA.—Que perdonen ustedes, que ahora sale.

DOÑA ANDREA.—Gracias.

(NORBERTA va hacia la puerta del fondo.)

DOÑA ANDREA.—(Deteniendo a NORBERTA con la voz.)

¿Quiere usted abrir un poco, que entre luz?

NORBERTA.—(Volviendo y dirigiéndose a la derecha.)

Sí, señora...

(NORBERTA abre más una de las maderas de las ventanas, y aunque la luz que entra es la de la última hora de la tarde, la habitación pierde por un rato su aire tenebroso.)

NORBERTA.—(A DOÑA ANDREA.) ¿Así?

DOÑA ANDREA.—Sí. Está bien.

(NORBERTA vuelve al centro de la escena.)

NORBERTA.—¿Mandan algo más?

DOÑA ANDREA.—No. Nada.

DOÑA CASILDA.—Gracias.

(NORBERTA hace una inclinación de cabeza y sale por el fondo izquierda.)

DOÑA ANDREA.—(A DOÑA CASILDA, consultando.) Mejor, ¿verdad?

DOÑA CASILDA.—(Aliviada.) Mucho mejor.

DOÑA ANDREA.—Era la oscuridad.

DOÑA CASILDA.—Sí. ¡Lo que ha de ser aquí la noche!...

(Entra por la puerta de la izquierda MARTIRIO. Se ha puesto un vestido negro, se ha quitado el color de la cara y se ha peinado con más severidad, para componer su tipo.)

DOÑA ANDREA.—(Levantándose al verla.) ¡Martirio, hija!

(DOÑA CASILDA se pone en pie también.)

MARTIRIO.—Buenas tardes...

(Se acerca a ellas. Se besan. DOÑA ANDREA, con más efusión. MARTIRIO se mantiene reservada y un poco distante.)

DOÑA CASILDA.—(Venciendo su temor.) Estás muy bien.

MARTIRIO.—(Glacial.) ¿Tú crees?

MARTIRIO.—¿A qué?

DOÑA ANDREA.—A ofrecer el cargo de tesorera.

DOÑA CASILDA.—Ya lo fuiste una vez...

MARTIRIO.—(*Dominando su satisfacción.*) Sí.

DOÑA ANDREA.—Y si ahora quisieras...

DOÑA CASILDA.—Tiempo libre tienes.

(*Un corto silencio. Las dos miran a MARTIRIO, que contiene con la vista baja la alegría de su triunfo.*)

¿Qué dices?

MARTIRIO.—(*Como si dudase.*) No sé.

DOÑA CASILDA.—Piénsalo, hasta mañana.

DOÑA ANDREA.—Todas estamos a tu lado y queremos que bajes a adornar el altar.

DOÑA CASILDA.—Siempre tuviste muy buen gusto. ¡Como eres de fuera!

DOÑA ANDREA.—Y el viernes, si quieres venir a mi casa, a merendar.

DOÑA CASILDA.—(*A DOÑA ANDREA.*) Sí que querrá. (*A MARTIRIO.*) Tienes que distraerte.

DOÑA ANDREA.—¡Has estado tan sola desde tu desgracia!

DOÑA CASILDA.—Sin haber querido tener nada con ningún otro hombre, a pesar de lo bien que te conservas...

(*MARTIRIO no responde, gozando en su interior por aquella rendición sin condiciones. DOÑA ANDREA se pone de pie.*)

DOÑA ANDREA.—Bueno, hija, ya sabes...

MARTIRIO.—¿Os vais así? ¿No queréis tomar nada?

DOÑA CASILDA.—No. Deja. Nos estarán esperando, impacientes.

(*Las tres se han puesto de pie.*)

MARTIRIO.—(*Con humilde sumisión.*) Como queráis.

(*Van hacia la puerta del fondo.*)

DOÑA CASILDA.—No veníamos más que a adelantarte la noticia.

DOÑA ANDREA.—Y que supieras que nos tienes a tu lado en estos momentos tan penosos...

DOÑA CASILDA.—Expuesta no se sabe a qué.

DOÑA ANDREA.—Como si quieres venirte a mi casa estos días.

MARTIRIO.—(*Aprovechando la oportunidad.*) No, gracias. Aquí guardo mejor la memoria que le debo a aquel santo..., al que siempre he sido fiel... Estas paredes, al hacérmelo presente a todas horas, parece que me dan fuerzas para llevar mi cruz...

DOÑA CASILDA.—(*Conmovida.*) Se parte el alma de verte. Adiós.

DOÑA CASILDA.—No salgas...

MARTIRIO.—Sí. Hasta el estanque. (*Llamando.*) ¡Norberta! Os acompañará hasta el camino. Ya es casi noche.

DOÑA ANDREA.—Hija, si ahora está esto mejor guardado que nunca.

(*Llega por el fondo izquierda NORBERTA.*)

MARTIRIO.—Vamos.

DOÑA CASILDA.—(*Saliendo.*) De verdad, no te molestes.

MARTIRIO.—¿Queréis callar?

(*Salen todas por el fondo derecha. Queda la escena sola por unos instantes. Apenas hay luz en la habitación. Entra, por el fondo izquierda, JULIAN, mirando hacia la derecha para cerciorarse de que han salido de la casa. Va a la ventana entreabierta y mira hacia fuera con toda precaución. Cruza la escena y sale por la puerta de la izquierda. Un momento después entra por donde salió. Le sorprende la entrada rápida de MARTIRIO, que vuelve radiante.*)

MARTIRIO.—(*Al ver a JULIAN.*) ¿Oíste?

JULIAN.—¿Qué?

JULIAN.—(*Recobrando su ironía.*) Tendremos que vivir, ¿no?

AUREA.—(*Firme.*) De nuestro trabajo.

JULIAN.—(*Echándolo a broma.*) Yo ya estoy muy duto para eso.

AUREA.—Pues que sea con el mío. Eso no me importa. Estoy hecha a ello.

JULIAN.—No entraban en mi plan las privaciones.

AUREA.—No. Ya lo sé. Por eso volviste a esta casa. Por dinero, viniera de donde viniese.

JULIAN.—Bueno, ya trataremos eso. Ahora, vete.

AUREA.—(*Deteniéndose.*) Si me voy ha de ser con ese trato. Todavía puedes elegir.

JULIAN.—(*Con una resolución, casi empujándola.*) Ya está elegido. (*La besa.*) Y ahora...

(AUREA obedece y sale por el fondo derecha. JULIAN sale rápidamente por el fondo izquierda. La escena vuelve a quedar sola un instante. Entra MARTIRIO, por la puerta de la derecha, muy vestida, pintada, peinada y compuesta. Se sorprende de no encontrar allí a JULIAN. Entra NORBERTA por la derecha.)

MARTIRIO.—¿Dónde está?

NORBERTA.—No está. Ni la otra tampoco. No quedamos más que usted y yo en esta casa.

MARTIRIO.—¡No es verdad! ¿Se han ido?

NORBERTA.—No tiene más que asomarse. Allá van. Y, además, con el dinero.

MARTIRIO.—¿Con qué dinero?

NORBERTA.—¿No le dijo usted dónde lo guardaba? Pues ¡con tirar del cajón!

MARTIRIO.—(*Sin poderlo creer.*) ¿Me ha robado? ¿Para irse con ella?

NORBERTA.—Usted verá. De la cama sólo no se vive. Vaya a ver, si tiene todavía alguna duda.

MARTIRIO.—(*Decidida.*) ¡Sí! ¡Claro que voy! Y lo de-

nunciaré para que le detengan. No pueden andar muy lejos.

(Sale por la puerta de la izquierda. NORBERTA la ve ir con un gesto de resignada ironía. Durante la escena anterior ha comenzado a anochecer. Entra MARTIRIO con un fajo de billetes en la mano.)

MARTIRIO.—¡No me ha robado! Aquí está todo. (*Se lo muestra.*)

NORBERTA.—Ya lo veo. Se ha ido con ella y sin ningún dinero.

(*Un silencio.*)

MARTIRIO.—¿De qué van a vivir?

NORBERTA.—De su juventud, y lo que esto trae consigo. ¿Le parece a usted poco?

MARTIRIO.—(*Preocupada.*) ¿Tú crees que le cogerán?

NORBERTA.—De seguro. En cuanto le hayan visto salir.

MARTIRIO.—¿Y dirá algo?

NORBERTA.—¿De qué?

MARTIRIO.—De que ha vuelto a esta casa.

NORBERTA.—Para que le suelten tendrá que decir la verdad. Y cuando sepan que no vino a robar y que se ha quedado aquí con el consentimiento de la señora, prestándole calor...

MARTIRIO.—¿Qué quieres decir?

NORBERTA.—¿Para qué tengo yo que decir nada, si ya lo irán corriendo por el pueblo más de cuatro...?

MARTIRIO.—(*Asustada.*) ¿Tú crees?

NORBERTA.—Por de pronto ya se puede ir apeando de ese altar en que se sentía tan a sus anchas. Y lo que se sospechó una vez, ahora irá a misa. A esa misa a la que usted no se atreverá a volver. Y aquí nos quedaremos.

MARTIRIO.—(*Rechazando la idea.*) ¡No! Tú, no!

NORBERTA.—¿Dónde voy a ir ni quién me va a querer viniendo de donde vengo? ¡Y con la parte que me

24. YO ME BAJO EN LA PROXIMA. ¿Y VD.?, *Adolfo Marsillach*.
25. LA VIEJA SEÑORITA DEL PARAISO, *Antonio Gala*.
26. TRES MONOLOGOS: LA MAS FUERTE, *August Etrindberg*. ANTES DEL DESAYUNO, *Eugene O'Neill*. LA VOZ HUMANA, *Jean Cocteau*. (Versiones de Enrique Llovet.)
27. LA GAVIOTA, *Antón Chejov*. (Versión de Enrique Llovet.)
28. AMADEUS, *Peter Shaffer*. (Traducción, Pilar Salsó; adaptación, Santiago Paredes.)
29. EL GALAN FANTASMA, *Calderón de la Barca*.
30. EDUCANDO A RITA, *Willi Russell*.
31. ANILLOS PARA UNA DAMA, *Antonio Gala*.
32. «AGNUS DEI», *John Pielmeier*. (Versión J. J. de Arteche.)
33. LORENZACCIO, *Alfred de Musset*. (Versión Ignacio Amestoy Eguiguren.)
34. EL CEMENTERIO DE LOS PAJAROS, *Antonio Gala*.
35. AQUI NO PAGA NADIE, *Dario Fo*. (Versión Carla Matteini.)
36. CASA DE MUÑECAS, *Henryk Ibsen*. (Revisión Ana Diosdado.)
37. EDERRA, *Ignacio Amestoy Eguiguren*.
38. EL REY DE SODOMA, *Fernando Arrabal*.
39. BORKMAN (John Gabriel Borkman), *Henrik Ibsen*. (Versión de José María Pou).
40. CASANDRA, *Benito Pérez Galdós*. (Versión de Francisco Nieva.)
41. EL DIA DE GLORIA, *Francisco Ors*.
42. EL SOL EN EL HORMIGUERO, *Antonio Gala*.
43. LA HERIDA DEL TIEMPO, *J. B. Priestley*. (Versión de Luis Escobar.)
44. LA GATA SOBRE EL TEJADO DE CINC CALIENTE, *Tennessee Williams*. (Versión de Ana Diosdado.)
45. LA MUERTE DE UN VIAJANTE, *Arthur Miller*. (Versión de José López Rubio, de la Real Academia Española.)
46. CANDIDA, *Bernard Shaw*. Premio Nobel 1925. (Versión de José Luis Alonso.)
47. SARAH (El ocaso de un sol), *John Murrell*. (Versión de Manuel Canseco.)
48. EL VERDADERO OESTE, *Sam Shepard*. (Versión de Enrique Llovet.)
49. SAMARKANDA, *Antonio Gala*.
50. LAS AMARGAS LAGRIMAS DE PETRA VON KANT, *R. W. Fassbinder*.
51. EL HOMENAJE, *Pedro Mario Herrero*.
52. LA PUERTA DEL ANGEL, *José López Rubio* (de la Real Academia Española).

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
 JOSÉ EMILIO GONZALEZ
 FACULTAD DE HUMANIDADES
 UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
 REGINTO DE RIO PIEDRAS